

XX  
Manuel Tur

Estoy solo, en la 13. Se me ha ido aquel frenesí que me producían las llagas de Cristo en las manos, en el costado, en los pies.

Me siento abandonado, vulgar, insensible. Odio a Andreu Ramallo, destructor de la inocencia que Dios había prolongado en mí para que yo, como Él, sufriera sin ser culpable. Ramallo me dio su animal. Yo se lo he dado a Carmen Onaindía y ahora echo de menos brutalmente a mi madre y las mañanas en que ella me acompañaba al colegio de la capital.

La mañana del viaje hacía fresco. Era una mañana de octubre, ese octubre de los estudiantes que regresan a la regularidad del reglamento. Para mí, que no conocía lo que era un uniforme, ni una sala de estudios, el sentimiento de vacío que sentía en nuestra casa, mientras mi madre se peinaba y la leche hervía en el perol, procedía del amor redoblado que, en aquel instante, sentía hacia todos los objetos que había en nuestra casa. Mientras me abrochaba los pantalones cortos y me ponía la corbata —la primera de mi vida—, pasaba por la casa, descargando los ojos en todas las cosas, experimentando, por primera vez, el sentimiento de la muerte, un amor hacia todo, un descubrimiento de la ternura. Miraba las bolsas de color caqui en las que estaba mi ropa, almidonada y planchada, una

prenda encima de la otra. En los pliegues de las sábanas, en la felpa suave y nueva de las camisetas de invierno, sin estrenar, yo veía, sintiéndolas, las manos de mi madre y su inteligencia. Miraba todas estas cosas con la melodía de un hombre que descubre que está enamorado. Contemplaba las bolsas llenas de ropa, derechas sobre las sillas, y sentía toda la sucesión de las tardes en las que mi madre, que se peinaba en la cocina, había bordado las iniciales.

Y el color de las iniciales, oscuras en la bolsa, variaba si la prenda era interior o de calle. El recuerdo de las iniciales me traía el recuerdo y el sentimiento del color de la tarde sobre las telas que ella cosía, la cabellera y el escote blanco, con aquel escapulario sudado...

En la casa, la luz eléctrica era casi invisible porque en la central, por las mañanas, funcionaba el motor pequeño. Esta luz hacía sentir un interés mayor por todas las cosas, porque yo tenía que abrir mucho los ojos para verlas, y el sentimiento de la oscuridad hacía que yo me acercara a las cosas —un pañuelo, el peine, un vaso— con paso lento.

El sentimiento de la oscuridad hacía que yo cogiera las cosas con más fuerza.

Iba al armario a coger un pañuelo limpio y, al abrir la puerta, el olor fuerte de la naftalina que salía de los trajes de mi padre, asesinado el primer año de la guerra, y de los vestidos negros de mi madre, me producía la impresión sofocante de alguien que ha llevado luto largamente y no se ha atrevido a entrar de nuevo en la habitación del muerto; y un día entra, despreocupadamente, y nota que le duele la memoria y que una ráfaga instantánea de los olores concretos le aviva la presencia de quien ya no está. Es aquel olor dulce y espeso que despiden

los muertos, unido al olor de la naftalina en los vestidos que se tienen guardados y de pronto se sacan, y es el perfume de la gasolina que se ha usado para limpiar las manchas de las americanas de los hombres.

De esta adoración por las cosas recuerdo que, entre los vestidos negros de mi madre, había un vestido de seda rosa, con unas violetas. Era un vestido de seda cruda. Debía de ser un vestido muy antiguo, porque yo no recordaba habérselo visto puesto a mi madre. Las violetas entre aquellos vestidos me excitaban, porque el vestido tenía la cintura más estrecha que los demás vestidos negros. Yo imaginaba a mi madre con su turgencia, ceñida por aquella seda rosa, como una muchacha que ha crecido y la ropa se le ha quedado pequeña y ya no le gusta jugar porque los ojos se le han vuelto grandes.

Yo me lavaba y tenía los sentidos pendientes de los sonidos que venían de sus manos: el choque de la cucharilla con el cristal del azucarero, el tintineo circular de la cuchara en el tazón de la leche (un tintineo sordo si el tazón era de arcilla barnizada, un tintineo más vibrante si era de piedra fina). Mi madre bebía en el tazón de arcilla, y yo en el de piedra. Los demás días, bebíamos en el primer tazón que encontrábamos, esta es la verdad, pero mi madre, aquella mañana, me daba el tazón fino porque también sentía más amor.

Mientras mis orejas estaban asombradas por la música de sus manos, me sentía vacío, como si en el centro de mi pecho hubiera una burbuja que reflejase las violetas del vestido de mi madre.

La distancia que iba del vestido de seda cruda a las demás batas oscuras me hacía experimentar la medida de una muerte parcial de ella. Porque había, entre el vestido rosa y los vestidos

negros, una mujer que no me había mirado jamás las orejas cuando salía de casa, que nunca me había hecho la raya del pelo ni me había pasado la saliva para simular un caracolillo natural del pelo. Este sentimiento de mi madre que yo veía en la casa, con las medias de seda en la mano, con el peinador sobre los hombros, me traía a la mente una circunstancia que siempre me había intranquilizado. Porque yo, de vez en cuando, sobre el lavadero, veía un barreño lleno de agua con pedazos de tela sucia, y cada vez que yo los veía, mi madre estaba más pálida y tenía los ojos más grandes, y yo creía que ella iba a morir, y yo, esos días, no quería jugar y me quedaba sentado en el patio, mirando su piel pálida.

Salíamos cargados a la calle, y hacía fresco, y la calle estaba desierta, con las casas cerradas, y en el otro extremo del pueblo se oía maniobrar a la locomotora. Y hablando a media voz, íbamos a la estación, parándonos, a cada paso, para cambiarnos las bolsas de mano.